

Ordenes ó Decretos del Ilustrisimo
Señor Don Juan Bautista Massi-
llón, 248.

DE LOS SERMONES
contenidos en este Tomo
septimo.

1. Sermon para el dia de San Inés.
20. Sermon para el dia de San Francisco
de Paula.
30. Sermon para el dia de San Benito.
40. Sermon para el dia de San Juan
Baptista.
50. Sermon para el dia de Santa Maria
Magdalena.
60. Sermon para el dia de San Bernar-
do.
70. Sermon para el dia de San Luis Rey
de Francia.
80. Sermon para el dia de San Isidro
Labrador.
90. Sermon para el dia de Santo Tomas
de Aquino.
100. Sermon para la festividad de un San-
to Martyr. Patron de alguna Igle-
sia.

SER-



SERMON PARA EL DIA DE SANTA INES.

*Magnificabitur Christus in corpore meo, si-
ve per vitam, sive per mortem.*

Jesu-Christo será glorificado en mi cuerpo,
asi con mi vida, como con mi muerte.

Philip. 1. v. 20.

Siempre se ha manifestado Jesu-Christo grande en
sus Santos: y aquellos felices siglos en que la
Iglesia, teñida con la sangre de los Martyres, ge-
mia en la opresion, fueron los siglos de su magnifi-
cencia y de su gloria.

Por eso esta amorosa madre nos está continuamen-
te acordando las primeras edades del Evangelio, y re-
presentandonos aquellos Héroes de la fé que tanto hon-
nor

nor dieron á la religion, y aquellos grandes modelos que fueron gloria de su siglo, y confusion del nuestro.

Pero entre aquellas ilustres almas que dieron testimonio á Jesu-Christo, y le glorificaron en sus cuerpos, siempre ha dado la Iglesia un lugar muy distinguido á la Santa Martyr cuya memoria hoy celebramos. Apenas sale Inés de su infancia, quando ya se manifiesta victoriosa del mundo y de los Tyranos; de los placeres y de los suplicios. Y este es el grande espectáculo que presenta la Iglesia á nuestra fé, y la instruccion que al mismo tiempo dá á los fieles.

Nosotros alegamos por excusa de nuestra flaqueza la edad, el temperamento, y las ocasiones; pero la admirable castidad de nuestra Virgen ha de confundir estas vanas excusas. Nosotros justificamos nuestra sensualidad y nuestra impenitencia con la flaqueza del hombre, y con la incompatibilidad del Evangelio con nuestros usos y costumbres; pero el valor de nuestra Santa Martyr ha de destruir estos frívolos pretextos. La preocupación de la flaqueza y fragilidad quedará destruida con el triunfo de su castidad; y la preocupación de la impenitencia confundida con el valor de su Martyrio. Imploramos, &c. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

Quando se manifestó en Roma la Ilustre Virgen, á quien hoy veneramos, todavía era la sangre de los Martyres semilla que producía fieles: y los Christianos perseguidos cumplían aun en sus cuerpos lo que faltaba á la pasión de su Divino Maestro, como dice San Pablo. Aquella Capital del Universo que, como dice San Agustin, había hallado el secreto de reunir toda la sabiduría de la Filosofía y de la política humana con todas las extravagancias del culto; que había adaptado todos los Dioses mas ridiculos, y las supersticiones de las

naciones, á quienes había vencido; y que de todas las locuras del Universo, por decirlo así, había formado la Magestad de su religion y ceremonias, solamente se manifestaba inexorable á la santa locura de la Cruz. El demonio que estaba en posesion de esta Capital del mundo, se la disputó mucho tiempo á Jesu-Christo. Costó á la Iglesia sus mas ilustres víctimas; y para que esta célebre ciudad se hiciese una ciudad santa y nueva, fue preciso que se fundase sobre la sangre de los Apostoles, del mismo modo que se fundó antiguamente sobre la sangre de sus primeros fundadores.

En medio de tantos generosos defensores de la fé, cuyo triunfo hacía á Roma aun mas ilustre que las victorias de sus antiguos Conquistadores, se dexó ver Inés con tanto esplendor, que solo su nombre llegó á ser gloria de la Iglesia, verguenza del Paganismo, y admiracion de todos los siglos.

La gracia y la naturaleza habían derramado sobre ella á porfia todos sus tesoros; su lozana juventud, y aquella hermosura cuyo resplendor parecía que aumentaba Dios, como en otro tiempo á Judith, atraxeron desde luego sobre ella las públicas atenciones.

La principal nobleza de Roma en unos esposos terrestres se la presentó inmediatamente; y no dudando que sus riquezas y nacimiento fuesen un invencible atractivo para la mediana fortuna de nuestra Santa, ya contaban por su esposa á la que solamente lo había de ser de Jesu-Christo. Y á la verdad que éste era un grande escollo para la virtud. ¿Quién desprecia en esta edad una brillante fortuna si se presenta, y particularmente si no se opone á ello el honor y la religion? Es verdad que la idolatría de aquellos que la pretendían por esposa podía asustar la fé de nuestra joven virgen, pero no podía la muger fiel santificar al marido infiel? Además de que ¿quién piensa tan escrupulosamente quando se trata de un establecimiento que nos asegura un gran puesto, y

una inmensa fortuna? ¿Deciden acaso de nuestra eleccion en el santo sacramento del matrimonio las costumbres, la religion, ni la piedad? ¿No es el interés ò la passion quien forma siempre los nudos de este sagrado lazo? Quando se señalan los titulos y riquezas en la fatal escritura que os une para siempre, ¿se cuentan acaso las virtudes? Ninguna diligencia se omite para asegurar la fortuna, y ninguna se hace para unir los corazones; no se cuida de que sean proporcionados los genios, como todo lo demás parezca conveniente; una sociedad santa é indisoluble no suele tener otro lazo que la una, mas que una secreta oposicion de genios, que muy en breve la ha de turbar, y aun acaso romper; la misma aficion que nos une, nos desune muy presto; la obra de las pasiones no puede ser permanente; muchas veces unimos, pero en vano, lo que Dios habia separado; los escandalosos divorcios que todos los dias estamos viendo son lecciones bien claras de esta verdad, sin que por eso se hagan los matrimonios con mas prudencia; y todos los dias vemos perecer y acabarse las casas mas illustres, por el mismo Sacramento que está destinado á sostenerlas y perpetuarlas.

Pero no es esta sola la instruccion que hoy nos dá Santa Inés, prefiriendo el tesoro de la virginidad á todas las pompas del siglo. Nosotros miramos el desorden como destino propio de la juventud, y alegamos por excusa del vicio nuestras primeras costumbres: parece que hay una edad determinada para las pasiones, y que el pudor y la regularidad de vida solamente son virtud, quando una edad mas abanzada nos los hace necesarios, ó quando los respetos humanos nos obligan á abrazarlos. Pero Inés en la flor de sus años no conoce tesoro mas precioso que su inocencia; adornada de todos aquellos talentos que suelen servir para perderla, atiende con mas cuidado á conservarla; todas las edades la parece que pertenecen igualmente á aquel Señor que es dueño de los tiempos y de la eternidad; y el único privilegio que observa en su ju-

ven-

ventud, es el mas atento cuidado en apartar de sí las pasiones, las que con mas facilidad se precaven que se apagan.

Con todo eso, continuamente nos estáis diciendo que es preciso perdonar alguna cosa á la edad; pero yo os digo que precisamente á la primera edad es á la que nada debe perdonarse, y que regularmente las primeras costumbres deciden de toda nuestra vida, ¿cómo puede ser que en la edad de los peligros debamos temerlos menos? El hallarse mas vivas las pasiones, ¿ha de ser motivo para que huyamos menos de lo que las mantiene y fomenta? ¿Debe el mundo corromper nuestro corazon antes que le entreguemos á Dios? ¿Ha de disponer el vicio los caminos á la virtud, y hemos de gozar de todos los placeres antes de determinarnos á gustar lo suave que es el Señor?

Por otra parte; ¿se acaban acaso nuestras pasiones con la juventud? ¡Ah Católicos! ¿No sabeis vosotros mismos que los primeros desordenes dexan en nosotros un principio de flaqueza, que parece se fortifica con los años? La fragilidad que se experimenta en una vejez llena de culpas; no es casi siempre el fruto y el castigo de la libertad de las primeras costumbres?

¿Una muger mundana no desea agradar al mundo, aun quando no puede servirle mas que de burla ó de molestia? ¿No busca todavia unas miradas que huyen de ella? ¿No aviva su rostro, marchito y arrugado, con unos artificios que mas sirven de manifestar sus años que sus atractivos? ¿No se adorna con una fingida juventud, con la que no puede engañar á otra vista mas que á la suya? ¿Qué mas diré? ¿No suele comprar tambien unos pecaminosos afectos que no puede merecer? ¿No se abate á las mas vergonzosas elecciones por satisfacer su indigna passion? La edad que ha mudado sus gracias, nada ha mudado en sus infames inclinaciones. ¡Oh Dios mio! Vos quereis enseñarnos que el que una vez os llegó á abandonar hasta cierto grado, no se convierte á vos tan facil-

B 2

men-

mente; y que un corazon que ha vivido mucho tiempo entregado al mundo, y á los deleytes, casi no tiene disposicion alguna para la gracia.

Pero acaso direis: Quando la edad no merezca el perdon, el temperamento á lo menos debe excusar nuestras flaquezas por la desgracia de haber nacido con malas inclinaciones. ¿Quién puede formarse un corazon á su modo, y ser mas fuerte que el bronce, habiendo nacido con una alma flaca é inclinada á los deleytes? ¿No hallamos dentro de nosotros mismos unas inclinaciones, á las que aunque podemos resistir por algun tiempo, casi es imposible el no rendirse por ultimo? Es decir, Católicos, que quando Dios nos dió un corazon tierno y de buenas disposiciones, no nos le dió para sí; ¿pues se habia de haber reservado solamente las almas bárbaras y crueles? ¿No ha de tener dominio sino sobre los corazones de bronce, y solamente estos han de haber nacido para amarle? El mismo beneficio que nos hace en habernos dado un buen corazon, ¿nos podrá servir de titulo legítimo que nos escuse de servirle, y ha de ser una excusa que nos autorice para olvidarle y despreciarle? ¿Qué blasfemia! ¿Qué modo este de ultrajar al Soberano Gobernador de la naturaleza y de la gracia, y al autor de todo don excelente! Quanto hemos recibido de su mano lo hemos recibido para él. La docilidad de un corazon tierno ¿qué otra cosa es mas que una disposicion y una facilidad para amarle, que en algun modo ha puesto en nosotros la misma naturaleza, y de la que abusamos con una infame ingratitud, prostituyendo nuestros afectos á la vil criatura.

¿Qué corazon mas tierno que el de Inés? Yo amo á Jesu-Christo, decia, y quanto mas le amo soy mas casta; uniendome á él me hallo mas pura; recibiendo dentro de mi pecho pongo un sello á mi virginidad; el creer que otro sino él pueda moverme, sería ultrajar á este celestial esposo; perezca mi cuerpo, pues ha podido agrar

dar á otros ojos mas que á los suyos. *Pereat corpus quod placere potest oculis quibus nolo.* Solamente emplea en Dios aquel afecto que no debe conducirnos sino á Dios. Además de que ¿dónde estaria el merito de la virtud, si no halláramos en nosotros mismos inclinaciones opuestas á ella? ¿Qué lugar tendria la violencia que arrebató el reyno de los cielos, si para alcanzarle no fuera necesario mas que renunciar aquellos placeres en que no halláramos gusto alguno? Alegais el temperamento: ¿Pero á qué pecador no podria esto servir de excusa? ¿Las mas horrosas culpas no suponen en los que las cometen unas inclinaciones que los arrastran á ellas? ¿Dexa el vicio de ser vicio quando tiene de su parte al corazon? ¿Sería necesario que se nos prohibiese, si un abominable gusto no nos le hiciera amable? ¿El adulterio de David fue menos odioso y menos castigado del cielo por haber nacido aquel Principe con un corazon tierno y flaco? ¿No hallan los justos dentro de sí, del mismo modo que vosotros, muchas pasiones que reprimir? ¿Vencen acaso sin pelear? ¿No tienen que resistir á la carne y á la sangre? ¿Están formados de otro barro distinto del vuestro? ¿Si no se entregan tanto como vosotros á las pasiones, es porque son menos tentados, ó porque perseveran mas fieles? ¿Qué temperamento es ese que nos alegais, que tanto minorá el horror de vuestras culpas á vuestra vista? No es mas que el continuo uso que habeis hecho del desorden, el que es causa de que ya os sea como necesario; es un corazon esclavizado por las pasiones, á quien la ocasion sirve siempre de ruina; es una infame fragilidad, por la que estais seguros de perecer siempre que hay necesidad de resistir; es una voluntad entregada á la culpa, y que á fuerza de sacudir el yugo de las obligaciones ya no conoce ni aun los respetos del honor.

¿Y en qué siglo se han visto mas tristes exemplos de esta verdad que en el nuestro? En otro tiempo la culpa procuraba á lo menos ocultarse, pero hoy hace gala de

manifestarse en público: en otro tiempo la culpa era obra de confusion y de tinieblas, pero hoy apetece la luz, y parece que busca sin verguenza la mayor claridad, y esto aun en un sexo, cuyo mayor merito consiste en el pudor y la verguenza. Vemos muchas desgraciadas mugeres que hacen ostentacion de la infamia y de la ignominia; que se precian infamemente de que sepa el público la eficacia de sus funestos encantos: que cuentan como otras tantas victorias y titulos honrosos las ruinas de aquellas almas flacas, á quienes han hecho caer en sus lazos; ellas mismas rompen sin verguenza el velo que hasta entonces habia puesto el respeto humano á sus desordenes; y parece que hoy cuidan tanto de publicar su infamia, como se cuidaba de ocultarla en los pasados siglos; la desverguenza pasa por donayre, la indecencia ha llegado á tal punto que ya enfada, aun á aquellos mismos á quienes intenta agradar; y el nombre del pudor, consagrado al de la ilustre Virgen que hoy veneramos, se ha hecho nombre de burla y de desprecio; despues de esto nos podeis alegar el temperamento, como si para hacer mas escusable el vicio bastára no ponerle límites: Pero este es siempre el lenguaje de la impiedad; segun ésta, solo el temperamento es el que forma las virtudes y los vicios; quita al hombre todo el uso de su razon y libertad; y para hacerle igualmente poco merecedor de ser reprehendido ó alabado, le hace obrar por puro instinto como á las bestias.

Finalmente; acaso añadiréis que no es el gusto ni el temperamento quien os induce al desorden; que nacisteis con unas inclinaciones felices; y que vuestras desgracias han procedido siempre, y aun proceden hoy, solamente de las ocasiones.

Pero quanto mas felices fueron las disposiciones con que nacisteis, mas culpables sois por haber roto el dique que parece habia puesto la misma naturaleza á vuestra flaqueza; mayor será la cuenta que tengais que dar á Dios, por haber entregado á Satanás vuestro corazon, no obs-
tan-

tante estar defendido con tan felices socorros como os habia proporcionado su mano misericordiosa: es decir, que quantas mas inclinaciones veais en vosotros que os mueven á la virtud, menos escusa hallareis delante de Dios para vuestros vicios; y las mismas ocasiones, que para otros son desgracias, serán para vosotros ingratitudes y culpas.

Además de esto; qué ocasiones son esas que os han engañado? ¿Son acaso los desgraciados talentos de las gracias y hermosura de que os dotó la naturaleza? Mirad el uso que de ellos hizo nuestra Santa Virgen, y conoceréis que esos mismos dones debieran serviros para vivir con mas cautela; ¿pueden serviros de escusa los beneficios del Criador quando los volveis contra él? ¿No ha de ser á proposito para servir á Dios sino lo que desprecia el mundo? Además de que ¿no añadís vosotros á las gracias de la naturaleza un ayre peligroso que las hace funestas para los demás y para vosotros mismos? ¿No habeis asegurado el buen éxito de vuestros deplorables atractivos con unos cuidados, que ya eran pecado en vosotros antes de que fuesen motivos de ruina para vuestros proximos? ¿No habeis tambien suplido algunas veces las gracias que os negó la naturaleza, con unas libertades que introducen siempre en los corazones un veneno mas activo que todos los dotes de una hermosa casta y honesta? ¿No habeis ocasionado con vuestras infames provocaciones unos culpables deseos en unos sugetos, que á no ser esto apenas os mirarian? Vosotros mismos os formais el lazo y la ocasion en que pereceis, y despues echais á ella la culpa de vuestra perdicion.

Finalmente; ¿son acaso los engaños de los que os cuesta trabajo defenderos? Pues ved como las instancias, las promesas, y las amenazas confirman mas la virtud de nuestra Santa. Las instancias; o pone un santo valor á las profanas expresiones; no hay artificio de que no se valgan para mover su corazon, pero los esfuerzos de los hom-

hombres la unen mas vivamente con Jesu-Christo, y las impuras llamas que hacen arder al rededor de ella, se apagan con el amor que en sí tiene à su celestial esposo; pero vosotros vais à buscar la culpa; la libertad de vuestras costumbres es como una señal de desorden; solicitais la atencion de aquellos que huyen de vosotros; no estais contentos sino en aquellos lugares en donde corre peligro la inocencia; y los dias en que habeis vivido lejos de las ocasiones, han sido para vosotros dias de desconsuelo y de tristeza, sin que hayais podido hallar gusto en donde no se hallaba peligro. ¿Qué podreis responder à Jesu-Christo? ¿No serán vuestras excusas unos nuevos delitos? ¿Alegareis los engaños de la esperanza y de la fortuna que os han hecho caer? Pues ved como los mas ilustres Romanos ofrecen à Inés el fausto de su grandeza y opulencia con su corazon: El mundo pone à sus pies toda su gloria y magnificencia, y ella la pisa como si fuera barro, prefiriendo la corona de la santa virginidad al Imperio del Universo. ¡Ah! ¿Cómo podré decirlo aqui? Acaso esta funesta pasion es la que os ha privado de vuestros puestos, y la que ha servido de infame obstáculo à vuestra fortuna; y puede ser que hayais sacrificado vuestras esperanzas à vuestros deleytes, y que hayais comprado à costa de vuestra fama la infamia de la sensualidad. Habeis tenido por incompatible la ambicion con vuestros placeres, y no habeis conocido mas gloria ni mas fortuna que la triste libertad de satisfaceros. Finalmente, acaso nos alegareis los temores y amenazas de que se han valido para engañaros; à nuestra Santa Virgen la ponen presente el horror de los tormentos, asustan su pudor encerrandola en un lugar de prostitucion y de infamia, mudan en castigo un vicio que no han podido conseguir que la sirviese de atractivo; y la vergonzosa imagen del desorden solo sirve de aumentar su amor à la castidad y à la inocencia: ¡Ah! y vosotros en vez de haber tenido que sufrir terrores y amenazas por no faltar

à la obligacion, os habeis expuesto, quando la abandonasteis, à los furios de un esposo deshonorado, à la murmuracion del público, à la indiscrecion de los cómplices de vuestros deleytes, y à que publicada vuestra infamia dexase para siempre sobre vuestra frente la eterna mancha del vicio; y no obstante todos estos temores, tan propios para conteneros dentro de los límites de la obligacion y de la virtud, habeis caminado sin temor y sin verguenza por los caminos de las pasiones; vuestros miedos se reducen solamente à pareceros que erais demasiado cobardes; las dificultades os han servido de estímulo, y en los mismos peligros que debieran disgustaros del vicio habeis hallado nuevos atractivos para él. ¡Oh Dios mio! en vuestro terrible tribunal todo se convertirá contra el alma pecadora; los exemplos de vuestros santos confundirán aquel vano estilo de excusas y preocupaciones que continuamente opone el mundo à los preceptos de vuestra santa ley; allí estará el pecador cubierto solamente de su confusion y de sus delitos; la castidad de Inés probada con tan peligrosas tentaciones, y siempre triunfante de los engaños y amenazas, pronunciará una terrible sentencia contra los desordenes de nuestro siglo; el resplandor de su juventud y hermosura, junto al de su virtud, enseñará à las personas de su sexo que la edad y los dotes de la naturaleza dán nuevo lustre à la virtud; pero nunca pueden servir de excusa al vicio: en una palabra, si el triunfo de su castidad confunde todas las preocupaciones del desorden, el valor de su martirio confunde tambien todos los pretextos con que procura escusarse la impenitencia.

SEGUNDA PARTE.

EN medio de que las pasiones son molestas, y están rodeadas de espinas, siempre han opuesto à la virtud sus dificultades y trabajos. Siempre ha sido un es-

tilo muy comun en el mundo decir que el Evangelio practicado á la letra es una idea de perfeccion á que no puede aspirar el hombre. Parece que Jesu-Christo vino solamente, como en otro tiempo aquellos Filósofos vanos y ridiculos, á proponer una moral sublime para formarse admiradores, y no discipulos; y que su ley santa, que es la ley del corazon y de las acciones, no es mas que un juego del entendimiento, y una obra de las cavilaciones de la ociosidad. No se cree compatible la austeridad del Evangelio con la flaqueza del hombre, y con las acciones autorizadas por la costumbre; y fiados en estas dos preocupaciones, descuidamos; como si la ley pudiera dexar de ser ley, porque nosotros la miramos como si no lo fuera.

Pero, Católicos, aun quando no fuera por sí sola suficiente la palabra de Jesu-Christo para confundir nuestras vanas excusas, Inés saltando de alegría en medio de los tormentos, y apresurando ella misma con una santa impaciencia la lentitud de los verdugos, cubrirá de vergüenza nuestra falta de mortificacion, y nuestra pereza, y justificará mas la severidad de nuestra condenacion, que el mismo Evangelio que la ha pronunciado.

Nosotros nos disculpamos con la edad, con el sexo, con la flaqueza de la complexion, incapáz de sufrir todo el rigor y severidad de una vida conforme al Evangelio: con la edad: decimos que para la rigurosa observancia de las obligaciones de Christiano se necesita de una madurez de entendimiento, de una firmeza incontrastable, de una perseverancia y sufrimiento de los trabajos y mortificaciones, de un imperio sobre todas las pasiones y sobre nosotros mismos, que no parece puede convenir á una juventud tierna, delicada, facil de dexarse engañar, y en la que no estando aun moderadas las pasiones con la reflexion y la experiencia, parece que salen en tropel del corazon con tal ímpetu, que sería inutil oponerle fuerza alguna; que es preciso dexar apagar estos pri-

primeros ardores, y esperar á que la razon, estando mas sosegada, sea capaz de mas seriedad y solidéz. Pero Santa Inés, casi al salir de su infancia, desafia al furor de los Tyranos; el horror de su suplicio, que asusta aun á la barbaridad de sus mismos verdugos, derrama una santa alegría, y como una nueva hermosura sobre su rostro; aun no estaba acostumbrada á padecer, y ya se manifiesta llena de gozo en medio de los mas crueles tormentos; y la delicadeza de su cuerpo, apenas capaz de recibir las heridas, ya tiene valor para despreciarlas, y para conseguir la victoria, como dice San Ambrosio. *Nondum idonea poena, & jam matura victorie.*

Y á la verdad, Católicos, ¿qué se halla en la primera edad que sea incompatible con la vida christiana? ¿La seriedad? Pues sabed que la virtud trae consigo la alegría del Espiritu Santo; solamente la inocencia es la que siempre está acompañada de serenidad y alegría; y solamente á la culpa y á las pasiones corresponde la tristeza, la inquietud y el disgusto. ¿La violencia? En la primera edad, como están mas tiernas las pasiones, ceden con mas facilidad á la obligacion; como no está todavia manchado el corazon, recibe con menos repugnancia las impresiones de la virtud; y como el hábito del vicio no arrastra todavia las inclinaciones, le cuesta menos trabajo el privarse de lo que puede conducir á él. ¿Qué mas? ¿Las reflexiones de que no somos capaces en la juventud? Antes bien es necesario hacerse niño para ser discipulo de Jesu-Christo; porque la gracia solo gusta de la sencillez y de la inocencia. Nuestras incertidumbres se aumentan con nuestras reflexiones; quanto mas discurrimos mas estorvos hallamos, y mas nos sepultamos en nuestras propias tinieblas: el que es fiel cumple con todo, y para hallarse mas ilustrado basta ser mas docil. ¿Acaso tambien la fortaleza y la perseverancia? Toda nuestra inconstancia consiste únicamente en nuestras pasiones, la desigualdad de la vida del hombre nace

unicamente de la diversidad de objetos que sucesivamente le dominan, y un corazon puro é inocente siempre se halla igual y tranquilo.

¡Ah Católicos! ¿No nos estamos nosotros mismos echando la culpa todos los dias del mal uso que hemos hecho de la primera estacion de nuestra vida? ¿No nos estamos continuamente diciendo que entonces nos hubiera sido facil el contenernos; que nacimos con un corazon inclinado á la virtud, al que asustaba la culpa, y que parecia estender las manos á la gracia; que todo nos allanaba los caminos de la virtud; que hubieran sido mucho menos penosos los sacrificios quando aun no nos habia atado el mundo y las pasiones con mil cadenas indisolubles, que ahora apenas nos permiten desear nuestra libertad; que no estando entonces todavia corrompido nuestro corazon con el continuo uso de los placeres, no le parecia la virtud tan fastidiosa ni funesta; que á proporcion que la edad nos ha ido acercando al sepulcro, nos hemos ido apartando del camino de la verdad y de la vida; y finalmente, que aumentandose la edad, no hemos hecho mas que crecer en la malicia, en el desorden, y en el excesivo amor á las criaturas? El Evangelio, pues, es la ley de todas las edades, como lo es tambien de todos los sexos.

Digo de todos los sexos, porque ¿qué pretexto podrá alegar el sexo fragil en su favor contra la austeridad y dificultad de las obligaciones del Evangelio? Las Ineses, las Lucías, las Cecilias, y otras muchas Heroínas de la fé ¿no hallaron en sí un valor y una grandeza de alma á la que nunca llegaron los Héroes profanos? ¡Ah Católicos! ¿Qué no es capáz de hacer una muger mundana por el pecaminoso objeto que la posee y la cautiva? ¿Qué valor y qué constancia no manifiesta? ¿Qué sacrificios no hace? Las dificultades la dán nuevo aliento; el sosiego, la reputacion, la libertad, la salud, la fortuna, todo lo atropella la pasion; todos los dias estamos vien-

viendo á estas infelices Heroínas, que tienen valor para intentar las mas arduas empresas, que todo lo sacrifican á su infame gusto, que hallan en su sexo un valor muy superior al del hombre, y que al mismo tiempo que abandonaron el pudor, parece que se olvidaron tambien del miedo y de la flaqueza: ¿Pues por qué no han de ser capaces de hacer alguna cosa por Dios? ¿No han de poder hacer por su salvacion lo que pueden hacer por el mundo? ¿Es posible que la pasion ha de poder darnos fuerzas, y hacernos superiores á nuestra flaqueza, y no ha de tener el mismo privilegio la gracia? La salvacion, Católicos, no pide ni sacrificios tan grandes, ni abatimientos tan penosos como el mundo; y con todo eso no nos atrevemos á hacer la prueba: Jesu-Christo es un Señor á quien se sirve mas facilmente que al mundo: Es un Señor mas amoroso, mas indulgente, mas compasivo, y mas fiel; y nosotros le miramos como á un Tyrano, que hace desgraciados á los que le sirven. ¡Oh Dios mio! ¿Qué digno es de lástima el hombre que tan mal os conoce, y que tan mal se conoce á sí mismo!

¿Pues qué podreis alegar? ¿La delicadeza de la complexion? ¿Halla acaso Inés en esta delicadeza razones para temer las cadenas que la atan, y la espada con que va á ser sacrificada? ¿Se os pide acaso á vosotros, como se le pidió á ella, que resistais hasta derramar sangre? ¿Se trata acaso de que ofrezcais vuestros cuerpos á los rigores del fuego, y á los tormentos y suplicios? Dios no os pide las fuerzas del cuerpo, lo que sí os pide es la pureza y la inocencia del alma, y entonces aun el que está enfermo puede decir que es fuerte y poderoso. Las obligaciones esenciales de la fé se cumplen en nuestro interior; el amor, el temor de Dios, el agradecimiento, el sacrificio interior, son unas virtudes tan proporcionadas á los flacos como á los fuertes: quanto mas resiste este cuerpo de barro la mortificacion y el trabajo, y quanto
mas

mas incapaces nos hace de sufrirlos, mas obligado está el corazon á suplir con el fervor de su amor y de sus deseos la flaqueza del cuerpo terrestre. ¡Ah Católicos! se necesita de un cuerpo de bronce para resistir las inquietudes, los placeres, las vigiliás, y los abatimientos á que os obliga el mundo y las pasiones; la flaqueza de vuestra complexion alcanza para todo esto; la falta de salud no es razon poderosa para impedirnos vuestros gustos; y no obstante el desfallecimiento de vuestro cuerpo, que se niega á todos vuestros desordenes, os hallais en todos los placeres, supliendo la viveza de vuestras pasiones la debilidad de vuestras fuerzas, pero para cumplir con las obligaciones del Evangelio no se necesita mas que un buen corazon, como ya he dicho otra vez; una voluntad pura y sincéra equivale á todo; y Dios nos cuenta aquellas obras que quisieramos hacer, del mismo modo que las que hacemos en realidad; y con todo eso alegais por excusa de vuestra ociosidad é impenitencia la debilidad de vuestras fuerzas; quereis justificar una vida sensual y entregada á los placeres, con la delicadeza de una complexion que os hace impracticables las mortificaciones y violencias, como si Dios nos pidiera lo que no depende de nosotros, como si con una carne enferma no pudiéramos tener un espíritu pronto y fervoroso, como si la religion consistiera en la fuerza del cuerpo, y no en las disposiciones del corazon; finalmente, como si nos sucediera á nosotros lo que á las víctimas figurativas de la ley, que no podian ser ofrecidas á Dios sino quando gozaban de una salud perfecta, y quando en su cuerpo robusto y entero no se descubria mancha, defecto, ni flaqueza alguna. Entregad al Señor vuestro corazon sinceramente, que en eso consiste, como dice Jesu-Christo, toda la ley y los Profetas. (a)

Finalmente, os escusais con la incompatibilidad de la

vi-

(a) *Matth. 7. v. 12.*

vida christiana, y el actual modo de vida que hoy es preciso practicar en el mundo.

¿Pero consulta acaso nuestra Santa si su modo de vida parecerá extraordinario á los Romanos? ¿Examina acaso si estos tendrán su heroyco valor por extravagancia, y su martirio por supersticion y locura? ¿Qué cosa mas extraordinaria, segun el mundo, que renunciar en su edad una fortuna opulenta, y preferir el oprobrio público al rigor de los tormentos, y á las ilustres alianzas, quando podia esperar que las conciliaria con su fé y con su inocencia? Pero sabia muy bien que el camino de los justos es un camino solitario y poco frequentado; que el mundo tiene siempre á su favor la mayor parte, y que para seguir á Dios es preciso apartarse del camino que llevan casi todos los hombres.

Además de que ¿dónde está aquella incompatibilidad del Evangelio con la sociedad? ¿Es este incompatible con las obligaciones de la amistad? No, porque solamente la religion puede asegurarnos amigos sincéros y fieles: ¿Con las expresiones del agradecimiento? No, porque la verdadera virtud es quien forma los buenos corazones: ¿Con la alegría de las conversaciones y concurrencias? No, porque nuestras culpas son la causa de nuestra tristeza, y de las extravagancias de nuestro genio, y una conciencia pura es la única raiz de la alegría y de los verdaderos placeres: ¿Con el vínculo del matrimonio? No, porque solamente la fé es quien haciendo santa á esta union, la hace segura é inviolable: ¿Con las correspondencias y obligaciones de la vida civil? No, porque el Evangelio es quien nos hace benignos, humildes y afables, y nos persuade á que siempre debemos mas á nuestros proximos de lo que hemos recibido de ellos: ¿Con las funciones de Republica? No, porque si los Reynos é Imperios se gobernáran por las máximas del Evangelio, no se verian ni los abusos, ni la opresion de los flacos, ni la mala fé en los negocios, ni unas fortunas

nas

nas monstruosas, tanto por la opulencia que manifiestan, como por las injusticias que ocultan. No se veria á la inocencia hecha juguete y víctima del astuto; ni la sociedad emponzoñada con rencores y envidias; ni finalmente, á las pasiones turbar y dividir á los hombres, á quienes ellas mismas unieron.

¿Quereis saber en que se opone el Evangelio á la sociedad? Se opone á los vicios que la deshonan, á las pasiones que la turban, á los excesos que la trastornan, al luxo que introduce en ella la confusion y la miseria, al juego que se ha convertido en locura, y á los continuos artificios y engaños. El Evangelio prohíbe los desordenes que corrompen la sociedad, y asegura la realidad, la paz, las obligaciones, y la buena armonía. Vivid segun Dios, y sereis buenos ciudadanos, buenos vasallos, y buenos maridos; sereis Magistrados rectos, amos moderados, esposas fieles, justas, desinteresadas y caritativas; y así no nos digais que la virtud es incompatible con la vida del mundo, á no ser de un mundo perverso y corrompido, de un mundo que no conoce á Dios, de un mundo que es enemigo de toda verdad y de toda justicia. ¿Pero acaso para vivir en el mundo es menester ser traydor, disoluto, sensual, injusto, vengativo, é irreligioso? ¿Son por ventura solamente los vicios los que deben unir á los hombres entre sí? ¿No son estos los que en la realidad los desunen? Si aun ha quedado buena fé, equidad, humanidad, y sinceridad entre los hombres, ¿no debemos todos estos beneficios á la religion?

¡Gran Dios! yo mismo conozco muy bien la injusticia de los pretextos que he opuesto á mi obligacion: vuestra santa ley solamente es incompatible con mis pasiones; por mas que yo haya querido adaptar el estilo del mundo contra la virtud, mi conciencia se levanta, contra mí mismo, y me obliga á confesar en mi interior que si os sirviera á vos, y si estuvieran apagadas mis infames pasiones, sería mejor padre, mejor esposo, mejor

amo,

amo, amigo mas fiel, juez mas aplicado é íntegro, y ciudadano mas útil á mis proximos. Solamente la virtud es la que todo lo ordena; mis pasiones hacen que yo abuse de mis talentos, de mis bienes, de mi credito, de mis cargos, y de mi fortuna; ellas solas turban el buen orden de la sociedad, que asegura y santifica el Evangelio; solamente mi corazón es el que se revela contra vos; mi razón, mi entendimiento, mi conciencia, mi sosiego, y mis propios intereses, todo me insta á favor vuestro; todo me está avisando que me convierta á vos; ¡oh Dios mio! las cadenas con que estoy atado á mis desordenes son unicamente las que se oponen á ello. ¡Gran Dios! haced que me sean utiles los exemplos de vuestros Santos; haced que mi entendimiento venza á mi flaqueza, y que mi razón no sea siempre juguete de mis pasiones; no os contenteis con hacer que la verdad resplandezca á los ojos de mi alma; haced tambien que esa divina luz me inflame, rompa los infames lazos que me detienen, y me libre de ellos en tiempo, para asegurarme la eterna libertad de vuestros hijos. Amen.

opiniones y reflexiones y quitan á sus propios
toda la apariencia de empuje humana: y á la verdad
elegir unos medios proporcionados para conseguir los fi-
nes que se pretenden, y evitar los de la virtud para triunfar
de la elocuencia para persuadir, de la gramática para
continuar, y de los del arte para componer, es el pri-
mer plan de la prudencia de los hombres, y no halla en
esto la menor señal de prodigio: pero que la naturaleza en
manos de Dios haya sido mas poderosa que la razón, y
fuerza de los hombres, mas que toda la potencia del genio
de Augusto, el lino del Asia, la fuerza de los Romanos,
la sabiduría de los Griegos, la ferocidad de los Bárbaros,
la vanidad de los Filósofos, las preocupaciones y ocupa-
ciones de los pueblos, y finalmente, que todo se reduzca
para vencer á desbarbarse contra la racionalidad, que
la naturaleza y talentos de doce potes por el mundo